

Susana Pérez-Alonso

MELANIA JACOBY



Y el principio vino con la muerte...

*Y al atardecer, la hora tierna,
el secreto sabrás de mi inquietud;
se dice: Juventud hay en el mundo,
¿dónde está, dime tú mi juventud?*

Jaim Najman Bialik

—QUIERO VER RUIDOS, madre. Vamos barco ver ruidos, haz favor.

Recostada en un sofá bajo un manzano, medio dormida, atendió a las palabras de su hijo y acarició su cabeza.

Lucía un sol del membrillo, septembrino, casi caluroso.

A punto de ceder a la demanda de Benjamín, oyó cómo Petronilo alertaba a la casa. Gritaba que alguien había avistado a una ballena cerca de los acantilados.

Se levantó y, de la mano de Benjamín, caminó en dirección a la costa.

Benjamín saltaba señalando hacia la columna blanca que el animal dejaba salir de su cuerpo. Exhalaba un enorme chorro de vapor que aparecía entre las olas. Nadie en la villa recordaba un cachalote cerca del litoral. El puerto había sido cobijo de balleneros siglos antes, pero ya no quedaban pescadores de ballenas. Acudieron a los acantilados campesinos y pescadores, todo el mundo abandonó sus quehaceres y corría por los prados siguiendo la ruta del cachalote.

Alguien dijo que el animal era un narval y surgieron antiguas historias de balleneros. Benjamín palmo-teaba sin cesar y pedía ir al encuentro del animal, quería embarcarse y ver el trozo de tierra que flotaba. Al niño, el cachalote le recordaba el sonido de los *bufones*, y gritaba sin cesar que había que volver a enganchar la tierra que se había escapado.

Melania miraba la mar.

—Traed el velero a la cala, Petronilo. Ven, hijo, vamos a cambiarnos y verás de cerca la tierra que se ha escapado.

—No, no puede ir señora, es peligroso. No puede ir usted con el niño.

—Sí que puedo, Petro. Da aviso, que traigan el barco a la cala.

Los campesinos la miraron con pasmo y caminaron tras madre e hijo hasta una portilla de madera. Desde allí, ninguno pasaba sin que fuese llamado.

Melania entró en la casa, vio a Samuel y Ariel sentados sobre una alfombra de la biblioteca y les acarició el cabello.

—Vístalos con ropa de abrigo, *mademoiselle*. Sal-dremos a pasear en barco. Si lo desea, puede acompañarnos.

El aya agradeció apuradamente la invitación y la declinó de la misma manera.

Había oído decir a una de las mujeres de la cocina que un enorme animal paseaba por el mar cercano a la casa. Creía haber entendido «ballena» y no dudaba de la intención de Melania: se acercaría hasta casi poder olerla, la señora era así. Pero ella no tenía interés alguno en ver a un monstruo. Tres días antes, después de la cena, Melania había comenzado la lectura de una novela que precisamente hablaba de aquellos peces asesinos. Aún se estremecía la mujer al recordar el relato. Seguramente, esa noche terminarían la lectura. No entendía cómo la señora se empeñaba en leer

aquello a los hijos. Los criados que lo deseaban, las ayas, Luisa, Petronilo y cualquier habitante de las caserías de la finca, iban llegando a una hora en la que el sol comenzaba a ponerse y tomaban asiento en el jardín o en la biblioteca, según la época del año. Melania Jacoby saludaba a todos con una sonrisa y comenzaba a leer en voz alta. Aquellos días, las aventuras del capitán Ahab y una ballena asesina llenaban de pavor a los asistentes. Y ahora pretendía que ella la acompañase al paseo. «*C'est fou*», murmuró mientras se apresuraba a vestir a los niños.

En la cala esperaba un bote, embarcaron Melania y sus tres hijos acompañados de Petronilo y un pescador. Desde el acantilado, el murmullo se trocó en algarabía y gritos de ánimo a los navegantes. Aparecieron varias barcas en la mar y singlaron hasta el velero. Cuando Melania subió a bordo, vio acercarse más chalupas. Comenzaron a navegar todos hasta la ballena. Primero el velero y tras éste, en una extraña salea que aumentaba poco a poco, las barcas y las chalupas.

—La tierra no mueve ya, mamá.

—Eso parece, Benjamín. Ya no mete ruido, hijo.

—¡Más cerca!

—¡No le haga caso al chico, señora! No debemos acercarnos más.

Petronilo estaba blanco de miedo.

—Hay pueblos que piensan que las ballenas nos cuidan desde el mar, Petronilo, no temas. Al paio, Bonifacio. Veamos qué hace.

Obedeció el pescador y se mecía la nave con las olas proa al oleaje.

Un sonido ronco parecía salir de las entrañas del mar. Melania miró la piel rugosa del cachalote. Bien podía ser una isla, un trozo parduzco desprendido de la tierra. El velero está pegado al animal más de lo debido, pensaba Melania. En un momento podía sumergirse y estaban demasiado cerca.

—Aléjate un poco. ¿Lo has visto bien, hijo?

Nadie respondió a la pregunta. Melania se había distraído unos segundos encendiendo un cigarrillo, dio la vuelta y su mirada tropezó con las de Petronilo y Bonifacio. Ariel y Samuel miraban en dirección al animal y sonreían mientras agitaban las manos saludando a la ballena. No se escuchaban voces en las barcas que los seguían y que se habían acercado protegidas por el velero.

El mar y la tierra se habían llenado de silencio.

A punto de preguntar qué sucedía, Melania escuchó su nombre. Benjamín la llamaba, pero ella no lo graba verlo. Volvió a escuchar el sonido de su voz y vio al niño intentando subir por un costado del cachalote. De los acantilados surgió un rugido, las voces de los campesinos llenas de temor llegaron a sus oídos. Benjamín escalaba agarrado a la costra que era la piel del animal.

—Si se sumerge lo arrastrará, señora. No podemos hacer nada. Pídale que intente regresar nadando, a usted la entiende.

El pescador temblaba al hablarle a Melania. El señor de Lena los mataría a todos. Si algo les pasaba a sus hijos, él los mataría.

—Acércate todo lo que puedas, con cuidado, Bonifacio. Petronilo, haz señas a una de las barcas y vete con Samuel y Ariel.

Quedaron el pequeño velero y el cachalote casi pegados. Melania sonreía a Benjamín, que ya había logrado encaramarse sobre el cetáceo y tumbado sobre él le hablaba y acariciaba la piel costrosa. Melania esperó a que Petronilo y los hijos estuviesen a bordo de una lancha y pidió a Bonifacio que los siguiese. El pescador no se hizo de rogar.

Con cuidado Melania se quitó los zapatos y con la mayor suavidad que le permitía el miedo, se dejó caer sobre el animal. Sintió una sacudida bajo los pies y se tiró cuan larga era junto a Benjamín.

—Tenemos que irnos, hijo. Ahora dame la mano, nos dejaremos caer al agua y volveremos a casa. No grites ni palmotees o la isla se hundirá con nosotros, Benjamín. ¿Lo harás?

—No sé qué es isla, mamá, pero el trozo de tierra volver.

Melania no podía concentrarse en las palabras de Benjamín, le pareció que el animal comenzaba a moverse. Si se lanzaba al mar con el niño y el cachalote se sumergía, los arrastraría al fondo. No podía nadar con rapidez teniendo que sujetar a Benjamín. El viento comenzó a soplar y el mar se rizaba a cada envite del aire contra el agua.

—¿Lo ves? Vuelve casa, no quiere ser solo en mar, mamá. ¡Vamos! ¡Rápido casa! ¡Vamos! No sueltes mano o caerás, mamá. Él quiere ir casa, con nosotros.

Melania Jacoby agarró con fuerza las manos de su hijo y pensó en lo liberador de la muerte. Dejó que su cara reposase sobre un brazo y se acercó aún más a Benjamín.

El animal se movía, en pocos segundos los arrastraría al abismo. Cuando ya esperaba la inmersión con los ojos abiertos, se encontró con el acantilado casi de frente. Se dirigían a la ensenada. Benjamín repetía sin cesar los gritos de ánimo y acariciaba una y otra vez la piel de la ballena. Había soltado las manos de las de su madre y los arañazos provocados por la piel del cachalote estaban llenándolas de sangre, que aparentemente no provocaban ni dolor ni miedo en el niño. La ballena parecía querer vararse en la arena. Pensó Melania en la facilidad de dejarse llevar por la corriente hasta una playa y morir allí. Podía tocar la arena en dos brazadas, y si se dejaba caer con Benjamín, lograría llegar a la playa. Levantó al niño, lo agarró entre los brazos y cuando se disponía a deslizarse con él, la figura de Juan de Lena se hizo presente sobre la orilla.

La miraba y ella conocía aquella forma aviesa de observarla. Iba a matarlos.

—Quiero ver ruidos, madre. Vamos barco ver ruidos, haz favor...

Escuchó a Benjamín repetir una y otra vez la frase y sintió un dolor en el hombro.

—Lo lamento, señora, perdóneme, no me he dado cuenta dónde la tocaba. Se ha escapado el niño y ha

venido a despertarla. De todas formas, ya anochece, tiene que entrar.

Melania Jacoby se arregló el pelo y miró a Luisa con miedo; el sueño había sido demasiado real.

Después de la cena, terminaron la lectura de *Moby Dick*. Melania temblaba con cada palabra. Sólo Luisa se dio cuenta de las pequeñas sacudidas del cuerpo, los demás pensaron que la señora tenía frío y una de las mujeres le puso un chal sobre los hombros. El gesto de dolor de Melania pasó de nuevo desapercibido.

Benjamín insistía en ir a las praderías de Pría. El sonido de los *bufones* le gustaba. Cuando iban a pasear por aquella parte de la costa, corría por los prados en busca de nuevos agujeros que hiciesen salir el aire comprimido de entre las rocas; si alguna columna de agua subía entre la caliza, daba gritos y bailaba sin control alguno, seguía el ritmo que emitían los bufones, cabrioleaba al son del silbido del agua, de la furia del viento saliendo por los agujeros. Asemejaba un ave o un cordero, según fuese el sonido, movía los brazos o se envolvía en sí mismo, y la armonía de los movimientos hacía que los campesinos dejarasen el trabajo y observasen al *tonto* de Peñapobre.

Así se lo conocía en la comarca.

—Iremos, Benjamín. Haz que preparen todo, Luisa. Mañana comeremos en Guadamía.

A media noche, era incapaz de conciliar el sueño. Asomada al balcón de su cuarto miraba al cielo. De nada le servía buscar señal alguna, sabía que los milagros no eran posibles. Luisa entró en el cuarto sin esperar respuesta a su llamada, Melania ni la había oído.

—Vengo a curarla, señora. Pensé que dormía, pero vi la lumbre de un cigarro en el balcón. Siéntese.

Dejó sobre un velador una taza y sacó del bolso de la falda un frasco de color azul. Melania bebió la infusión a sorbos lentos. Luisa le bajó el camisón hasta la cintura, dejó caer sobre una mano un poco del contenido del bote, frotó mano contra mano y comenzó a pasar el unto por la piel magullada. Melania procuraba no moverse; a cada roce de la mano de Luisa, una lágrima intentaba salir y ella se lo impedía igual que al sonido de los lamentos que luchaban por escaparse de los barrotes que eran los dientes apretados.

—Creo que el ungüento funciona, Luisa. Hoy me ha dolido menos. Acuérdate de apuntar las proporciones y guárdalas en algún lugar seguro. Que él no pueda encontrar el cuaderno.

—Sí, señora. He apuntado la cantidad de cada elemento: árnica, avellano, hipérico, lavanda, lila, marihuana, melisa bastarda, saúco, consuelda, beleño negro. De todo eso tiene.

—¿Qué explicación le has dado a Petronilo?

—La que usted ordenó. Una mentira más. Le he contado que el amo tropezó con los frascos y, enfadado, rompió el resto.

—Bien, así está bien, Luisa.

—No, señora, no está bien. No se la ha creído, pero hace como que se la cree. De no ser así, tendría que matar al amo y prefiere pensar que se confunde. Si no lo ve con sus propios ojos, no existe. Piensa que si lo mata, me dejaría sola y es un motivo más para no querer saber.

Con cuidado, intentando apenas rozar la piel amoratada, con pedazos en carne viva, Luisa aplicaba el bálsamo y no esperaba respuesta. Desde hacía años la señora guardaba silencio sobre el tema.

—Hablas como si yo fuese culpable, Luisa.

La mujer dejó de pasar las manos por la espalda y el cuello de Melania. Se limpió los dedos pringosos en un trapo de hilo y, sin pensarlo, la levantó casi en volandas y la puso frente a un espejo.

—¡Mírese! Vuelva la cabeza y mire la piel: morada, amarilla... Aquí, abierta en una herida. Sí que es culpable, lo es, señora. Lo entendería en una campesina, en una mujer de las fábricas. Pero no en usted. Un hombre la veja cada vez que quiere, la golpea a escondidas y usted, la mujer con más poder en toda esta tierra, lo permite, lo oculta a su familia. Más tienen que perder los de Lena que los Jacoby en caso de poner fin a este martirio, pero usted calla, asiente a todo lo que su padre quiere, lo engaña. Y yo soy cómplice de ese silencio que terminará por convertirme en asesina.

—¡Luisa!

—¡Luisa nada! En todo caso alguien debería gritar: ¡Melania! Alguien ha dormido algo dentro de usted, señora, y no sé qué hacer para despertarlo, no sé qué hacer...

—Hoy he soñado con una ballena. Benjamín cabalgaba sobre ella y yo fui en su ayuda. En algunos lugares de los mares del Sur, hablan de hombres que cabalgan ballenas. El día que mi padre me regaló las perlas negras me contó la leyenda. No sé qué hacer, no lo sé. Mi marido me ha dicho que va a meterme en un manicomio, quiere hacer desaparecer a Benjamín y llevarse a mis otros hijos. No puedo hacer nada para

impedirlo. Si mi padre se entera, sí que lo mataría, Luisa.

—Si él no muere, nada será posible, Melania Jacoby Casariego. Nada. Matará a Benjamín, la meterá en un sanatorio el mismo día que su padre muera. Desaparecidos Benjamín y usted, no quedará rastro de la casa y la maldad y el odio llenarán nuestras vidas. Si hace desaparecer al elegido, al hijo de la dicha, al predilecto, todo se habrá terminado. Las fuerzas hay que medirlas, controlarlas, pero nunca esconderlas tan dentro del alma que puedan hacerla estallar. Si no se deja salida, el día que logren escapar del encierro, no habrá remedio. Usted ha dejado a Juan de Lena llegar hasta aquí, de haberle puesto freno desde el primer momento, la situación no sería la misma. No hay que temer la fuerza propia. Hay que dominarla, jamás temerla.

Melania intentaba responder con algún argumento, pero al volverse encontró la habitación vacía.

Luisa recorrió la casa hasta llegar a la puerta de la cocina. Allí un hombre esperaba sentado en los escalones.

—Esta misma noche has de llegar a Oviedo. Entregarás esto al amo. A nadie más que a él, léelo y

memorízalo por si tienes que destruirlo. Duerme en la casa y regresa mañana en cuanto puedas, que nadie note tu ausencia.

Partió el hombre y Luisa se dirigió a su cuarto. Petronilo fingía dormir y no hizo preguntas. No importaba nada la opinión de Melania, ya no. La vida que estaba en juego no era solamente la suya.